

Selección de Rosa Navarro Durán

Versos de amor
Antología

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsasuarez.com
Imagen: © Getty Images / Chris Stein

Primera edición: 2015

Segunda edición: 2020

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © «Donde habite el olvido»: Herederos de Luis Cernuda
 - © «Amor» e «Insomnio»: Herederos de Gerardo Diego
 - © «Gacela del amor desesperado»: Herederos de Federico García Lorca
 - © «Qué dulce esta tierna trama...», «Aun cuando el amor es grande...» y «Cuando, dormida tú,...»: Herederos de Juan Ramón Jiménez
 - © «Yo voy soñando caminos»: Herederos de Antonio Machado
 - © «Ha sido, ocurrió, es verdad...», «Para vivir no quiero...» y «¡Qué paseo de noche...»: Herederos de Pedro Salinas
 - © de la selección, introducción y comentarios: Rosa Navarro Durán, 2015
 - © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2020
- Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-845-8
Depósito legal: M. 95-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Prólogo	11
VERSOS DE AMOR	
¿Qué es amor?	21
El enamoramiento	43
La mirada	55
La declaración	69
Esperanza y desesperanza	79
La alegría	93
El beso	101
El cenit	111
El deseo	123
Avatares de amor	
El penar	133
El desdén	143
La despedida	149
La ausencia	154
El sueño	163
Los celos	168
Soliloquios	175
El fin	183
Y después... ..	195
Localización de los textos	201
Índice de primeros versos	247
Índice de autores	253

Quien lo probó lo sabe

PRÓLOGO

Para quien esté enamorado, para quien lo haya estado, para la persona que intuya que quizá empieza a estarlo: a todos ellos va dedicada esta antología de versos. Pero si alguien nunca ha sabido qué es el amor, puede aprender en ella, porque, como dijo La Rochefoucauld en una de sus *Máximas*: «Hay personas que jamás se habrían enamorado si nunca hubieran oído hablar del amor».

Los poemas, o los versos –no todos son un espacio lírico acotado en su origen– aparecen como el amor del que tratan: sin tener en cuenta el tiempo en el que fueron creados. Poetas con nombre y apellido se dan la mano con creadores anónimos en esta danza del amor, y todos entran en ella por la belleza de su obra. Pero no teman los lectores: hay orden y concierto. No tienen más que ir al final y encontrarán localizados los textos, puestos en el lugar que les corresponde en la historia de la literatura española.

Es el amor el que lleva las riendas en esta compilación y enlaza sus líricos instantes para que cualquiera pueda escoger el que se amolda al momento que está viviendo o al que le gusta interpretar en el imaginado escenario del gran teatro del mundo. Todos son sentimiento. Van del gozo pleno a la desesperación absoluta; del descubrimiento de esa irrupción del amor en la vida, a querer soñar en que el sentimiento sobrevive al cuerpo, abandonado por el alma, y a que las aguas del río del olvido no logran borrarlo en ella.

Algunos son puras chispas líricas, poesía «que hierde el sentimiento con una palabra y huye»; y otros, en cambio, son bellísimos versos cultos, que seducen a la imaginación «con su armonía y su hermosura» —son todas palabras de Gustavo Adolfo Bécquer—, e incluso vienen a veces adornados con la inmensa sabiduría retórica de sus autores, que nos permite paladear el placer de la dificultad al descifrarla. El sentimiento traba estos *Versos de amor*, y así se puede tomar aliento en las pausas de los villancicos, de las coplas —aunque la flecha queda dentro— para seguir luego internándose en ese cauce majestuoso creado por los grandes poetas, que asombra y seduce.

La poesía es experiencia, y a cada lectura cala más hondamente en aquella persona que la hace suya. Hay que elegir los versos que dicen lo que uno siente, y así se podrá expresar con precisión ese no sé qué del alma. Y si

se prefiere, se juega a las máscaras –no en vano, en su origen, una «persona» era una ‘máscara’– y se asume la voz que a uno le guste interpretar: ¿la del penar?, ¿la de la esperanza?, ¿la del dolor de ausencia?, ¿o la del cenit del amor? Incluso se pueden cambiar de sitio los versos elegidos y darles un matiz distinto, es decir, vivirlos de otra manera a como reza el lugar en donde están, porque los epígrafes son solo una propuesta (y en algún caso, con cierta licencia).

Pero hay una segunda parte en esa utilidad de la belleza lírica: estos versos están también para esa gozosa acción que es el regalo. ¿Qué mejor que regalar un libro de hermosos versos amorosos a la persona amada? No hay más que hacerlo con el marcapáginas en el lugar adecuado, pero sin indicarlo; con ese cuidado descuidado –la esencia de la elegancia– que tan bien se sabían los renacentistas, damas y caballeros. Sí, también sirve como declaración de amor; y un libro siempre es más seguro que un espejo o el agua de una fuente. A Tirante el Blanco le salió muy bien la estratagema del espejo, porque como la princesa Carmesina quería saber a quién amaba tan apuesto caballero, él le dio un espejo vuelto fingiendo que era el retrato de su amada; y cuando ella, a solas en su aposento, se atrevió a mirar quién era esa desconocida, a la que empezaba ya a odiar, se encontró con su imagen reflejada en el espejo, ¡qué alegría tuvo ante tan ingeniosa declaración! En los versos de la espléndida égloga segunda de Garcilaso, el

enamorado Albanio recurre a las aguas claras y puras de una fuente, «que como cristal resplandecía» para descubrirle a su amada Camila sus sentimientos: «le dije que en aquella fuente clara / vería de aquella que yo tanto amaba / abiertamente la hermosa cara»; pero la reacción de la bella cazadora, al ver en el agua reflejada su imagen, fue muy distinta, porque «desdeñosa y fiera, / no sé qué allá entre dientes murmurando, / me dejó aquí y aquí quiere que muera». Es lo mismo que le pasó a Carino, el pastor de la prosa VIII de la *Arcadia* del napolitano Jacopo Sannazaro, cuyos pasos sigue Albanio en ese pasaje; también su amada pastora «bassando gli occhi ne le quiete acque, vide se stessa in quelle dipinta», y luego turbada, con semblante confuso, se marchó sin decirle nada.

Si recuerdo esas escenas es porque hay una diferencia entre el espejo visto a solas y el agua que sirve de espejo con el enamorado como testigo: en la primera, la declaración logra el éxito deseado, mientras que en la segunda es el rechazo su consecuencia. Inténtenlo con el libro —¡no se olviden de poner el marcapáginas en el lugar adecuado!—, pero aléjense discretamente para que en el momento de la revelación el alma del ser amado pueda encontrar en sí misma un sentimiento tal vez oculto aún.

Y si prefieren reconstruir la escena de una rima de Bécquer, «Sobre la falda tenía / el libro abierto», este es el libro adecuado para hacerlo. Los dos lectores dejan de leer porque no ven ya las letras, y después de un hondo

silencio que no se sabe cuánto dura, dice el yo poético: «Solo sé que nos volvimos / los dos a un tiempo / y nuestros ojos se hallaron, / y sonó un beso». ¿Qué libro estaban leyendo?: «Creación de Dante era el libro, / era su *Infierno*»; pero no se asombren porque lo que leían no eran los tormentos, sino la historia de un amor contada por la bella e inolvidable Francesca da Rímini. Estamos en el círculo II del Infierno, el que sigue al Limbo, donde están los que penan por causa del amor, y allí no podemos más que escuchar las palabras de esa desgraciada y hermosa mujer, eterna por estos versos –mientras suena la fantasía sinfónica de Chaikovski recordándola–: «Amor, ch’a nullo amato amar perdona, / mi prese del costui piacer sì forte, / che, come vedi, ancor non m’abbandona». Y ella recordará con dolor su felicidad vivida («Nessun maggior dolore / che ricordarsi del tempo felice / nella miseria»), cómo se enamoró de su cuñado, el joven hermano de su cruel marido Gianciotto, Paolo Malatesta (nosotros sabemos bien la desdichada muerte de los amantes). Los dos estaban leyendo un libro, era la historia de los amores de Lanzarote y la reina Ginebra, la esposa del rey Artús: «Noi leggiavamo un giorno per diletto / di Lancialotto come amor lo strinse»; y cuando leen que la boca sonriente y deseada de Ginebra es besada por el enamorado Lanzarote, Paolo «la bocca mi basciò tutto tremante», que es el lema de la rima de Bécquer. Acaba su apasionado relato Francesca: «Galeotto fu

il libro e chi lo scrisse: / quel giorno più non vi leggemmo avante»¹, porque Galeoto había sido el intermediario entre Lanzarote y su reina. El libro como Galeoto, como tercero, en la historia de Paolo y Francesca, en la rima de Bécquer; y, por tanto, puede seguir ejerciendo este oficio... si es necesario. Ninguno mejor para tal función que el que tienen ahora en sus manos: *Versos de amor*. Bien es cierto que después él no será responsable de nada, porque quien avisa no es traidor.

En estos versos he intentado que el Amor viva en los pronombres, como quiere Pedro Salinas en su maravillosa *La voz a ti debida* –en homenaje a Garcilaso–. Sé que los nombres crean barreras entre el texto y el lector, desvanecen la ilusión que tiene de ser el tú del poema, y por ello los he evitado en lo posible. No lo ha sido en el gozo, en el cenit del amor y en algún otro –pocos– casos; no me queda más que rogar que los lectores quieran adoptar esos nombres ocasionalmente, solo en el mo-

¹ Los versos citados del canto V del *Infierno* en la versión poética de Abilio Echeverría: «Amor, que a nadie amado amar perdona, / prendió por este en mí placer tan fuerte / que, aún como tú ves, no me abandona», vv. 103-105; «No hay dolor más grave / que recordar la bienandanza en la hora / del infortunio», vv. 121-123; «Leíamos un día por recreo / del gentil Lanzarote la aventura, / solos, mas sin afán de devaneo [...] la boca me besó todo temblante. / Galeoto el libro fue y quien lo escribiera: / ya la lectura no siguió adelante», vv. 127-129, 136-138, de Dante Alighieri, *Divina Comedia*, Madrid, Alianza Editorial, 2013, pp. 32-33.

mento de la lectura, ¡no vayan a viciarse y sigan luego con ellos!

La buena literatura no tiene fronteras ni límites: ni en el tiempo ni en la eficacia. No hay más que leer «Si los delfines mueren de amores» o «Ya no más: queditito, amor», y junto a esos bellísimos instantes líricos logrados por alguien que supo convertir las palabras en oro puro, las creaciones de los grandes poetas de la literatura española: Juan de Mena, Jorge Manrique, Garcilaso, Aldana, Carrillo y Sotomayor, Lope, Góngora, Quevedo, Soto de Rojas... Espronceda, Bécquer, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Salinas, Gerardo Diego, García Lorca, Cernuda... y bastantes más. Incluso me he atrevido a recordar versos inmarcesibles de escenas teatrales: de *La dama boba*, de *El burlador de Sevilla*, de *La vida es sueño*, de *El castigo sin venganza*, de *Don Juan Tenorio*..., porque son versos, versos de amor, y algunos de ellos se han convertido en parte de la memoria cultural, ¡no hay que olvidarlos!

Es solo una de las muchas antologías posibles porque el Amor está detrás de miles de versos; es el dios más famoso, ¡qué haríamos sin sus flechas! ¿Cómo entenderíamos que alguien no correspondiese a nuestro amor si no supiéramos que está herido con flecha de plomo mientras la nuestra es de oro? Pero ese dios es, como dice el genial Quevedo, también enfermedad: «¿por qué bebes mis venas, fiebre ardiente, / y habitas las medulas de mis

huesos? / Ser dios y enfermedad ¿cómo es decente?». No guarda su decoro el Amor porque es dios y es enfermedad a la vez; y todos los humanos somos sus víctimas gozosas o desgraciadas.

Advierto solo algo que ya dijo Antonio Machado: «A las palabras de amor / les sienta bien su poquito / de exageración». No se lo tomen todo al pie de la letra, pero vívanlo como si así fuera.

Y como la forma de esta antología de *Versos de amor* solo se justifica porque la elección ha llevado como guía la admiración apasionada, el cierre no puede ser otro:

¡Viva la flor del amor!
¡Viva la flor!

ROSA NAVARRO DURÁN

VERSOS DE AMOR

¿QUÉ ES AMOR?



YO NO entiendo al Amor, madre;
yo no entiendo, madre, al Amor.

AMOR es un no sé qué
y nace no sé de dónde
y mata no sé por dónde
y hiera no sé con qué.

DESMAYARSE, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien centro y reposo;
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor sūave,
olvidar el provecho, amar el daño;

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño:
esto es amor, ¡quien lo probó lo sabe!

Lope de Vega